
Una luz por descubrir. De *Lumen fidei* a *Evangelii gaudium*

A Light to be Discovered. From Lumen Fidei to Evangelii Gaudium

RECIBIDO: 3 DE ABRIL DE 2014 / ACEPTADO: 15 DE MAYO DE 2014

Mikel GARCIAÑDÍA

Instituto Superior de Ciencias Religiosas «San Francisco Javier» (ISCR)
Centro Superior de Estudios Teológicos «San Miguel Arcángel» (CSET)
Pamplona, España
mikelgarcandia@gmail.com

Resumen: La luz y la alegría constituyen los conceptos –intercambiables– que relacionan profundamente la encíclica *Lumen fidei* y la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, ambas del papa Francisco. El autor se detiene especialmente en *Lumen fidei*, y sitúa esta enseñanza del magisterio en las coordenadas proporcionadas por Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI. Tras referirse a los dos primeros capítulos de la encíclica, establece su convergencia con *Evangelii gaudium*. En ambos documentos late el impulso misionero de la fe. Francisco ofrece discernimiento y concreciones proféticas para la Nueva Evangelización.

Palabras clave: *Lumen fidei*, Evangelización, *Evangelii gaudium*.

Abstract: Light and joy are two interchangeable terms that deeply relate Francis' *Lumen Fidei* and *Evangelii Gaudium*. The author pays special attention to *Lumen fidei* and places its teachings within the context of the previous papal magisterium of popes Benedict XVI, John Paul II and Paul VI. He also shows that encyclical's convergence with *Evangelii gaudium* on missional impulse.

Keywords: *Lumen fidei*, Evangelisation, *Evangelii gaudium*.

Poner en relación la primera Carta encíclica de Francisco con la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* resulta un ejercicio estimulante de escucha del magisterio pontificio. Por muchos motivos, no es necesario insistir en que no es obvia la lectura que pueda hacerse ni la síntesis a que se puede llegar al cotejar ambos documentos magisteriales.

Por ello, el título resulta realmente atractivo, incluso prometedor. La fe ya no se mueve en el territorio de lo obvio, sino de lo sorprendente. Sólo quien con humildad pregunta al Señor lo que Él quiere para la Iglesia hoy, podrá librarse de una cristiandad inercial y de un fideísmo perezoso. Probablemente, tras medio siglo de andadura postconciliar, hablar de «una luz por descubrir» para pasar de la lectura de *Lumen fidei* a *Evangelii gaudium* puede a su vez suscitar un cierto escepticismo. ¿Acaso queda todavía alguna luz por descubrir, o por el contrario el rico contraste de las personalidades y la obra de Benedicto XVI y del papa Francisco no nos estará ofreciendo una clave decisiva de cara a una *receptio* creativa y fiel del Concilio Vaticano II?

Si prestamos atención a la Constitución Dogmática *Lumen gentium*, se observa que la luz de los pueblos, de las gentes que es Cristo es presentada por el Concilio a toda la humanidad de un modo explícito y clarividente. Una lectura honesta de los textos conciliares debería llevar a leer el Concilio como impulso hacia una nueva reforma interior de la Iglesia. De hecho, mucho se ha hablado del carácter pastoral del Concilio. La pastoralidad del Concilio sin embargo no ha sido correctamente entendida siempre, y cuando se ha hablado de *aggiornamento*, se ha tendido a reducir la cuestión a un ajuste del cristianismo hacia los postulados y axiomas de la modernidad. Y así, no ha faltado una hermenéutica de la ruptura que aboga por trascender los textos del mismo Concilio, al valorar como lo más importante el hecho, el acontecimiento conciliar, transcendido casi desde el inicio por su hermenéutica. Benedicto XVI y el papa Francisco¹

¹ La carta, fechada el 7 de octubre y dirigida por el papa Francisco a monseñor Marchetto, en la cual le reconoce «su amor a la Iglesia, un amor leal y al mismo tiempo poético. La lealtad y la poesía no son objeto de comercio: no se compran ni se venden, son simplemente virtudes arraigadas en un corazón de hijo que siente a la Iglesia como Madre; o, para ser más preciso y decirlo con *aire de familia* ignaciano, como la santa Madre Iglesia jerárquica. Este amor usted lo ha manifestado de muchas formas, incluso corrigiendo un error o imprecisión por mi parte –y se lo agradezco de corazón–, pero sobre todo se ha manifestado en toda su pureza en sus estudios sobre el Concilio Vaticano II». Y llega entonces la frase decisiva: «Una vez le dije, querido monseñor Marchetto, y hoy deseo repetirlo, que le considero el mejor hermeneuta del Concilio Vaticano II. Sé que es un don de Dios, pero sé también que usted lo ha hecho fructificar. Le agradezco todo el bien que nos hace con su testimonio de amor a la Iglesia, y pido al Señor que le sea recompensado abundantemente».

continúan con nitidez la senda de sus predecesores, basada en una hermenéutica de la reforma en la continuidad. Vemos en ellos el mismo profético discernimiento de los santos Juan XXIII y Juan Pablo II, y del siervo de Dios Pablo VI.

Lejos de la tentación del cansancio y la desesperanza, los títulos de *Lumen fidei* y *Evangelii gaudium* traslucen una confianza gozosa. Los términos luz y alegría son intercambiables: la alegría de la fe² y la luz del Evangelio. El papa Francisco continúa impulsando una pastoral evangelizadora, y lo hace de la única manera posible: superando los falsos binomios de identidad o relevancia, pastor o doctor, ser o hacer. El título de la exhortación apostólica, la alegría del Evangelio, recorre cada frase de este documento. El impulso de la Nueva Evangelización proviene del mismo Dios. Realmente hay una Buena Nueva que anunciar, porque previamente Dios nos ha colmado y transformado con ella. La Exhortación bebe en todo momento de la Sagrada Escritura y no es sino humilde glosa de lo que ya hemos recibido como mensaje revelado por el propio Dios.

El papa Francisco desea inyectar en cada comunidad y en cada creyente la convicción de que Dios lleva en todo momento la iniciativa de cara a la Iglesia y a toda la humanidad. Urge y apremia a toda la Iglesia a salir al mundo, pues Dios tomó la iniciativa y la misión espera. Desea romper la inercia y el entumecimiento de los creyentes, y anima una y otra vez a salir al mundo y secundar la acción del Espíritu que va por delante, que nos «primerea»³.

1. *LUMEN FIDEI*, PUNTO DE LLEGADA ANHELADO

La milenaria travesía de la Iglesia en la historia supone un permanente discernimiento espiritual y cultural. Los católicos no nos aferramos obstinadamente a las concreciones humanas de nuestra fe, sino que confiamos en su fecunda virtualidad. San Juan XXIII, Pablo VI, san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco no son iguales. Pero cada uno acoge con docilidad la encomienda de Dios para su momento. Cada «hoy» es un verdadero *kairós* y ahora también hemos de secundar las indicaciones de Pedro. Esa travesía en los inicios del tercer milenio ya nos está ofreciendo la visión de un oasis prometedor, pero nada ilusorio. Hay una luz por descubrir, pero que ya entrevemos.

² Esta expresión la encontramos en la encíclica *Lumen fidei*: «Este año de la fe, un tiempo de gracia que nos está ayudando a sentir la gran alegría de creer» (n. 5).

³ Cfr. *Evangelii gaudium* 24.

Hay una puerta de la fe, que el Señor va abriendo, tras siglos de cierres y rupturas traumáticas.

Hace mil años, el Patriarca de Constantinopla regaló la puerta bizantina a la Basílica de San Pablo Extramuros, fabricada por Teodoro de Constantinopla. Por desgracia, esta puerta ha servido más para sellar la ruptura con Oriente que para manifestar la plena comunión. Esa puerta jubilar, casi siempre cerrada, se abrió el año 2000. San Juan Pablo II pidió al Patriarca de Constantinopla y al representante de las iglesias evangélicas que le ayudaran a abrirla el día de la Conversión de san Pablo del año 2000.

Pronto se cumplirán quinientos años desde que Lutero sellara un distanciamiento largamente gestado en el centro de Europa, y escasamente asumido y menos sanado por la Iglesia de entonces. Con Trento, la Iglesia asumió y sanó las heridas y carencias del *sensus fidei* de muchos fieles. Con el Vaticano I continuó abordando modos deficientes de casar la fe y la cultura moderna, y ofreciendo puntos firmes de referencia ante las derivas fideísta y racionalista. Este concilio abruptamente concluido continúa en el segundo concilio Vaticano, que completa y desarrolla con una mayor perspectiva histórica la doctrina católica atendiendo los evidentes desarrollos y progresos de la teología y de la vida eclesial a lo largo del siglo XX.

La Iglesia del siglo XX no puede ya vivir perpleja porque haya perdido ámbitos de influencia, o porque lo que funcionaba hasta hace pocos lustros ya no lo hace. Es sin lugar a dudas un pueblo en camino, en permanente éxodo. Benedicto XVI ha combatido como Sumo Pontífice un modo inercial de ser católicos. Como teólogo lo venía haciendo desde el inmediato postconcilio. En su obra amplía y ahonda la mirada para con el mundo, la percepción de la pertenencia eclesial. No se resigna a permanecer encerrado en las acostumbradas angosturas eclesiásticas. Por todo ello es más fácil hacer una relectura correcta del concilio y del Magisterio en general, en una clave evangelizadora y misionera.

Más allá de la perplejidad está el discernimiento. Ya hay luz, pero no una luz ilusoria⁴, que se ha mostrado incapaz y estéril. Ésa no era la luz de la fe. Hay una luz por descubrir⁵ que muestra que oscurantismo y fe no es un binomio que hace justicia al cristianismo. Por fin las acusaciones de ilustrados como Kant, o ateos como Nietzsche hallan cumplida respuesta por parte del Magisterio. Hay un cambio de tono en el concilio, y en el modo de hablar de

⁴ Cfr. *Lumen fidei*, 3-4.

⁵ *Ibid.*, 4-5.

la Iglesia desde entonces. Ya no tiene ningún sentido el tono lastimero, el lamento ante la dureza de la situación actual. Más allá de los resultados más o menos escasos que nuestros esfuerzos cosechan, hemos de preguntarnos si creemos en la aparente esterilidad de nuestra pastoral. Tal vez hay una luz por descubrir y hacer nuestra.

El papa Benedicto XVI iniciaba con las siguientes palabras su pontificado y nos las reiteraba en *Porta fidei*, la Carta apostólica con la que iniciaba el año de la fe: «La Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo, han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud» (n. 2). Da por sentado el Papa que somos más bien estáticos a la hora de confrontar y afrontar nuestro ser creyente en el mundo. Da por descontado que hemos sido enviados por Cristo: id, salid, partid... Según eso, no podemos quedarnos quietos, bloqueados, y menos perplejos ante un mundo que aparece como una enorme figura, imponente si la comparamos con este pequeño resto con la vocación de ser germen, pero con la nostalgia del poder del bastión y la seguridad de la cristiandad.

La exhortación postsinodal *Verbum Domini*, que nos ofreció Benedicto XVI en 2010, anticipaba ya como una sobria obertura, lo que más tarde explicitará con un estilo diferente el papa Francisco. La alegría discreta del primero, contrasta de modo hermoso con la alegría expansiva del segundo, pero ambos leen la misma partitura: «En efecto, participar en la vida de Dios, Trinidad de Amor, es alegría completa (cfr. 1 Jn 1,4). Y comunicar la alegría que se produce en el encuentro con la Persona de Cristo, Palabra de Dios presente en medio de nosotros, es un don y una tarea imprescindible para la Iglesia. En un mundo que considera con frecuencia a Dios como algo superfluo o extraño, confesamos con Pedro que sólo Él tiene “palabras de vida eterna” (Jn 6,68). No hay prioridad más grande que ésta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante (cfr. Jn 10,10)» (*Verbum Domini*, 2). Resulta imposible encasillar el Magisterio de Benedicto como unas meras consideraciones de erudición teológica.

Hace poco más de un año, el sorprendente anuncio del papa Benedicto de renunciar a la sede episcopal romana, nos hizo dolernos de una carencia y herida que creíamos percibir ante el súbito final de su pontificado. La hermosa y bellísima arquitectura de su magisterio papal, quedaba dolorosamente incompleta. Quienes le conocíamos por su *Introducción al cristianismo*, por su labor como Prefecto y como teólogo, anhelábamos una encíclica que siguiera

desarrollando el legado del Concilio Vaticano II y completara las encíclicas dedicadas a la caridad y a la esperanza.

2. LUGAR DE *LUMEN FIDEI* EN EL MAGISTERIO ECLESIAL DE LOS 50 AÑOS DESDE EL CONCILIO VATICANO II

El pontificado de Juan Pablo II estuvo vertebrado por la tarea de ayudar a la Iglesia a cruzar el umbral del tercer milenio con una esperanza probada y tenaz. El pontificado de Benedicto continuó esa labor y culminó una primera gran etapa postconciliar. El oleaje y las turbulencias que conlleva todo gran concilio hacen que Pedro tenga que guiar esa nave con sabiduría, madurez y perspectiva. Es mucho lo avanzado en la ruta de la historia desde 1978.

El tiempo va dando una perspectiva amplia y nueva a todos, perspectiva que ya alumbraba con finura y vigor Pablo VI. Y tras el pontificado de San Juan Pablo II, que fue padre conciliar, el Espíritu ha querido que un activo perito del concilio llegara a la sede de Pedro en 2005. La dilatada historia de la Iglesia nos ayuda a leer dentro de una estable continuidad los cambios y acontecimientos. Si el concilio está vigente, el magisterio pontificio es en buena medida un desarrollo orgánico del mismo. Nada de extraño tiene por tanto la convocatoria solemne del Año de la fe a los cincuenta años de su inicio: «el Año de la fe ha comenzado en el 50 aniversario de la apertura del concilio Vaticano II. Esta coincidencia nos permite ver que el Vaticano II ha sido un *concilio sobre la fe*, en cuanto que nos ha invitado a poner de nuevo en el centro de nuestra vida eclesial y personal el *primado de Dios en Cristo*. Porque la Iglesia nunca presupone la fe como algo descontado, sino que sabe que este don de Dios tiene que ser alimentado y robustecido para que siga guiando su camino. El Concilio Vaticano II ha hecho que la fe brille dentro de la experiencia humana, recorriendo así los caminos del hombre contemporáneo. De este modo, se ha visto cómo la fe enriquece la existencia humana en todas sus dimensiones» (*Lumen fidei*, n. 6). Una vez más, resuenan las melodías y notas que el Espíritu Santo inspira a su Iglesia, anticipadas en la mejor teología católica del siglo XX.

Pablo VI

En 1965, Pablo VI creó el Secretariado para los no creyentes, en un intento serio de avanzar en el diálogo y acercamiento al mundo en su vertiente más alejada respecto de la fe. Era lógica consecuencia del espíritu de la encícli-

ca *Ecclesiam suam*, publicada el año precedente. Asimismo, convocó el Año de la fe en 1967, con motivo del XIX centenario del martirio de Pedro y Pablo. Dos documentos del papa Montini preludian lo que más tarde será el pontificado del papa Francisco: *Gaudete in Domino* y *Evangelii nuntiandi*, de 1975, abordan los dos ingredientes principales de *Evangelii gaudium*: la alegría en el Señor, y la evangelización. El segundo de ellos está muy presente en *Evangelii gaudium*.

En la nota 6 de *Lumen fidei*, se cita a Pablo VI: «Si el Concilio no trata expresamente de la fe, habla de ella en cada una de sus páginas, reconoce su carácter vital y sobrenatural, la supone íntegra y fuerte, y construye sobre ella sus doctrinas. Bastaría recordar las afirmaciones conciliares [...] para darse cuenta de la importancia esencial que el Concilio, coherente con la tradición doctrinal de la Iglesia, atribuye a la fe, a la verdadera fe, la que tiene como fuente a Cristo y por canal al magisterio de la Iglesia»⁶. Los mejores ecos de la *Evangelii nuntiandi* resonarán durante décadas en el Magisterio de la Iglesia. Sirva de resumen esta lapidaria frase: «el divorcio entre la fe y la cultura es sin duda el drama de nuestro tiempo» (n. 20).

El *focus* del concilio Vaticano I en su aplicación hacia el interior de la fe había consistido en luchar contra el racionalismo y con el fideísmo. Noventa años después, el Vaticano II recibirá la inspiración y el impulso hacia una auténtica reforma de autores como Newman. Los nuevos desarrollos teológicos abrirán proféticamente nuevas vías a la Iglesia. Sirva de ejemplo el hecho de que el cardenal de Colonia Joseph Frings impresionó a Juan XXIII con un discurso en el que el Papa veía totalmente concretadas sus intenciones a la hora de convocar un Concilio ecuménico. El autor de ese texto no era otro que Joseph Ratzinger.

Uno de los admirables frutos del Concilio Vaticano II es sin duda *Dei Verbum*. La fe ya no se aborda en los escuetos límites de la *fides quae*, sino que aparece en toda su hondura pneumatológica, que es la que permite articular la fe y vida: «para dar esa respuesta de fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu, y concede “a todos el gusto en aceptar y creer la verdad”» (DV5). La irrelevancia cultural de una fe atrincherada y en retirada encuentra aquí su punto de inflexión. Todo ello nos lleva a afirmar que es necesario pasar de una interpretación eclesiológica (o mejor eclesiocéntrica) del concilio, hacia la genuina interpretación, que no

⁶ Pablo VI, *Audiencia general* [8 marzo 1967]: *Insegnamenti* V [1967] 705.

puede ser sino misionera. No es de extrañar que en el magisterio de los Papas Benedicto y Francisco, Pablo VI adquiriera tal relevancia.

San Juan Pablo II

Cae totalmente fuera de la naturaleza de esta nota glosar las aportaciones del querido santo y Papa polaco en la ya de por sí amplia temática abordada. Bástenos recordar el trabajo original y estimulante de Karol Wojtyła de cara a los números de *Gaudium et spes* acerca del ateísmo (nn. 19-21). Una nueva aproximación pastoral, más allá de la formal y doctrinal va llevando la cuestión de la increencia hacia el terreno histórico, existencial, vital, es decir, pastoral.

Pero retomemos más concretamente la cuestión que nos ocupa: una luz por descubrir: de la *Lumen fidei* hacia la *Evangelii gaudium*. En el extenso magisterio pontificio de san Juan Pablo II existe un documento tan luminoso como poco estudiado: la Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae* (1979) en la que aborda la transmisión de la fe. No es un detalle menor que en el prólogo del *Catecismo de la Iglesia católica*, en el número 6, a la hora de hablar de la transmisión de la fe mediante la catequesis, se lea: «La catequesis se articula dentro de un cierto número de elementos de la misión pastoral de la Iglesia, que tienen un aspecto catequético, que preparan para la catequesis o que derivan de ella: primer anuncio del Evangelio o predicación misionera (*por medio del kerigma*) para suscitar la fe; búsqueda de razones para creer; experiencia de vida cristiana: celebración de los sacramentos; integración en la comunidad eclesial; testimonio apostólico y misionero» (CT 13). La cuestión kerigmática en dos décadas ha pasado a un primerísimo plano allá donde la evangelización no se da y se comienza a hablar de Nueva Evangelización.

Un segundo documento que no puede ser omitido en este breve recorrido es la carta encíclica *Redemptoris missio* (1990) sobre la permanente validez del mandato misionero. Juan Pablo II abogó e inició con vigor a lo largo de su pontificado esta tarea. Así lo recoge el papa Francisco en la *Evangelii gaudium*, n. 15: «Juan Pablo II nos invitó a reconocer que “es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio” a los que están alejados de Cristo, “porque ésta es la tarea primordial de la Iglesia”. La actividad misionera “representa aún hoy día *el mayor desafío* para la Iglesia” y “la causa misionera *debe ser la primera*”. ¿Qué sucedería si nos tomáramos realmente en serio esas palabras? Simplemente reconoceríamos que la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia. En esta línea, los obispos latinoamericanos afirmaron que ya “no po-

demos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos” y que hace falta pasar “de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera”. Esta tarea sigue siendo la fuente de las mayores alegrías para la Iglesia: “Habrá más gozo en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse” (Lc 15,7)».

Si he mencionado al papa Pablo VI y el Secretariado para los no creyentes que instituyó, resulta obligado aludir a que en 1982 san Juan Pablo II cambió el nombre del Secretariado que pasó a llamarse Pontificio Consejo para el Diálogo con los no creyentes e instituyó el Pontificio Consejo para la Cultura. En 1993 dio un giro para recentrar una cuestión que en este tiempo ha conocido una considerable mutación y unió el Pontificio Consejo para el Diálogo con los no creyentes con el Pontificio Consejo para la Cultura dando lugar al Consejo Pontificio de la Cultura. En los años 80 resultó necesario realizar un nuevo discernimiento acerca del mundo actual, puesto que en la modernidad, ya se aprecian síntomas contradictorios de un mundo moderno por un lado ufano y orgulloso de sus logros, pero por otro con graves síntomas de «cansancio de materiales». El largo siglo XIX (1789-1914) es sucedido por otro sensiblemente más corto (1914-1989). La ingente labor de san Juan Pablo II, por cierto, no es ajena a ese nuevo escenario mundial en que estamos inmersos.

Benedicto XVI

Los nuevos tiempos que alumbró el cambio del milenio, llevaron a la Iglesia católica a unas interrogaciones más hondas (justamente las que el Concilio establecía). Urge pasar del: «Iglesia, ¿qué dices de ti misma?» (decisiva para el desarrollo del propio Concilio), al «Iglesia, ¿qué dices de Dios?». En estos términos se expresaba el cardenal Kasper en Salamanca, en el congreso sobre el Concilio Vaticano II organizado por las facultades de teología de España y Portugal. Joseph Ratzinger llevaba décadas incidiendo en este giro teocéntrico, tras el necesario y previo «giro antropológico» de san Juan Pablo II.

Al inicio de su pontificado, Benedicto XVI sorprendió a todos con una primera encíclica alejada de las previsiones de quienes creían conocer a Joseph Ratzinger. Se especulaba con un primer documento programático complejo y largo, cuajado por su enorme erudición. Pero su *Deus caritas est* (2005) sitúa su magisterio en la humildad del siervo que sólo tiene palabras para recordar al mundo que el misterio de la vida es el Amor de un Dios que se ha entregado totalmente y que no tiene otra intención que la de servir, salvar, divinizar. Su

posterior encíclica acerca de la esperanza (*Spe salvi*, 2007), sitúa su magisterio en la línea de intensificar la enseñanza sobre la fe en su núcleo: ésta es una de las virtudes teologales, no una mera virtud cardinal. Pretende así consumir la clarificación de la *fides qua*, cuyo engarce con la *fides quae* venía siendo cerceñado desde los ya lejanos tiempos de la crisis nominalista.

En línea con sus predecesores, consideró que el Pontificio Consejo de la Cultura debía completarse con uno nuevo orientado a la evangelización, y así instituyó en 2011 el Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización. Tras el necesario diálogo y discernimiento, es ya la hora de focalizar los esfuerzos de los creyentes en la propuesta misionera. La Iglesia desde los tiempos de san Juan Pablo II había sido convocada una y otra vez a la Nueva Evangelización, y tanto Benedicto como Francisco emprenden esa tarea con idéntico vigor y audacia. No cabe ver diferencia entre los Papas a la hora de exponer con nitidez profética un Evangelio que se distancia con total libertad con los postulados del mundo cuando esto lo requiere la fidelidad a Cristo. Baste un ejemplo para descubrir en Francisco la misma valentía que en sus predecesores: «“Tened ardiente caridad unos por otros, porque la caridad cubrirá la multitud de los pecados” (1 Pe 4,8). Esta verdad penetró profundamente la mentalidad de los Padres de la Iglesia y ejerció una resistencia profética contracultural ante el individualismo hedonista pagano» (EG 193).

De hecho, Benedicto no postuló con miras humanas el año 2012 como Año de la fe. En la misma visión mística de Pablo VI, publicó el precioso documento *Porta fidei*. El título es sobremano expresivo, pues lo toma de los Hechos de los apóstoles: «todo cuanto Dios había hecho y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe» (Hch 14,27). Ésta es la cita escogida por el Papa y que asume con nitidez el carácter pneumático de toda pastoral. El Año santo, lo convoca a impulsos del Espíritu Santo y sólo así habrá frutos de vida, fecundidad. Benedicto sabe que san Pablo sólo secunda la acción del Espíritu. Éste siempre le *primerea*.

3. PRIMER CAPÍTULO DE *LUMEN FIDEI*: HEMOS CREÍDO EN EL AMOR (CFR. 1 JN 4,16)

Aludíamos con anterioridad a la perspectiva teologal del magisterio de Benedicto XVI condensada en su primera Encíclica *Deus caritas est*. El título del primer capítulo de *Lumen fidei* resulta significativo de cara a ese engarce: hemos creído en el amor (1 Jn 4,16). Se puede relacionar con el planteamien-

to del Catecismo de la Iglesia católica, narrativo, kerigmático... (cfr. nn. 145-147). Cuando desarrolla la fe, Benedicto sigue esa perspectiva histórica, ya que en lugar de teorizar doctrinalmente sobre la fe, se ciñe a la historia de Abraham, y su desarrollo comunitario en la fe de Israel. Va en línea de toda catequesis catecumenal propia de la Nueva evangelización.

«La fe nos abre el camino y acompaña nuestros pasos a lo largo de la historia. Por eso, si queremos entender lo que es la fe, tenemos que narrar su recorrido, el camino de los hombres creyentes, cuyo testimonio encontramos en primer lugar en el Antiguo Testamento. En él, Abrahán, nuestro padre en la fe, ocupa un lugar destacado. En su vida sucede algo desconcertante: Dios le dirige la Palabra, se revela como un Dios que habla y lo llama por su nombre. La fe está vinculada a la escucha. Abrahán no ve a Dios, pero oye su voz. De este modo la fe adquiere un carácter personal. Aquí Dios no se manifiesta como el Dios de un lugar, ni tampoco aparece vinculado a un tiempo sagrado determinado, sino como el Dios de una persona, el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, capaz de entrar en contacto con el hombre y establecer una alianza con él. La fe es la respuesta a una Palabra que interpela personalmente, a un Tú que nos llama por nuestro nombre» (*Lumen fidei* 8).

Uno de los aspectos de la fe que la cristiandad tendía a dejar en un segundo plano es su carácter *exodal*, de permanente salida: «Lo que esta Palabra comunica a Abrahán es una llamada y una promesa. En primer lugar es una llamada a salir de su tierra, una invitación a abrirse a una vida nueva, comienzo de un éxodo que lo lleva hacia un futuro inesperado. La visión que la fe da a Abrahán estará siempre vinculada a este paso adelante que tiene que dar: la fe “ve” en la medida en que camina, en que se adentra en el espacio abierto por la Palabra de Dios. Esta Palabra encierra además una promesa: tu descendencia será numerosa, serás padre de un gran pueblo (cfr. Gn 13,16; 15,5; 22,17)» (*Lumen fidei* 9). La síntesis de fe y visión sólo será posible desde una lectura en clave histórica de ésta.

Destaco también el que disponemos de una doctrina tan vigorosa acerca de la fe que el tradicionalismo queda definitivamente superado en esta encíclica: «Es verdad que, en cuanto respuesta a una Palabra que la precede, la fe de Abrahán será siempre un acto de memoria. Sin embargo, esta memoria no se queda en el pasado, sino que, siendo memoria de una promesa, es capaz de abrir al futuro, de iluminar los pasos a lo largo del camino. De este modo, la

fe, en cuanto memoria del futuro, *memoria futuri*, está estrechamente ligada con la esperanza» (*Lumen fidei* 9). El ensanchamiento de la idea de fe, superador de toda posible cosificación, no es ajeno a la asunción decidida de la perspectiva agustiniana y newmaniana por parte de la teología católica, que a su vez ensancha al propio magisterio pontificio.

Otro aspecto destacable de la encíclica de cara a los desarrollos de *Evangelii gaudium* es la purificación respecto de una fe idolátrica, tal y como aparece en el número 13: «Martín Buber citaba esta definición de idolatría del rabino de Kock: se da idolatría cuando “un rostro se dirige reverentemente a un rostro que no es un rostro”». La crítica de fondo del ateísmo más clásico de Feuerbach halla cumplida respuesta al fin. No es Dios un producto de la mente humana, sino todo ídolo. Bernardo Olivera, el monje trapense define la ideología (*eidon*) como mecanismo de defensa frente a la realidad. Y queda al fin claro que la fe es constitutivamente contraria al esquema ideológico-idolátrico. Hay un rostro al que mirar reverentemente pero éste es únicamente el rostro del Amado, de Cristo. El planteamiento nítidamente cristocéntrico resplandece en los números 15 al 18: «La fe cristiana es, por tanto, fe en el Amor pleno, en su poder eficaz, en su capacidad de transformar el mundo e iluminar el tiempo. “Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1 Jn 4,16). La fe reconoce el amor de Dios manifestado en Jesús como el fundamento sobre el que se asienta la realidad y su destino último» (n. 15). El título del capítulo 1 despeja toda duda: «Hemos creído en el amor».

Para finalizar este apartado, destaco una expresión otrora polémica: la salvación mediante la fe (nn. 19-21), que muestra a la Iglesia católica en una plenitud y madurez alejada ya de las disputas confesionales surgidas tras la reforma protestante. La Iglesia católica es la Iglesia *semper reformanda*, y ya no la Iglesia en contrarreforma⁷, secundando iniciativas que otros han forzado. El número 22, la forma eclesial de la fe, tendrá un extenso desarrollo en los capítulos segundo y cuarto de *Evangelii gaudium*: sólo hay fecundidad en la Igle-

⁷ Pablo VI invitó a ampliar el llamado a la renovación, para expresar con fuerza que no se dirige sólo a los individuos aislados, sino a la Iglesia entera. Recordemos este memorable texto que no ha perdido su fuerza interpelante: «La Iglesia debe profundizar en la conciencia de sí misma, debe meditar sobre el misterio que le es propio [...] De esta iluminada y operante conciencia brota un espontáneo deseo de comparar la imagen ideal de la Iglesia –tal como Cristo la vio, la quiso y la amó como Esposa suya santa e inmaculada (cfr. Ef 5,27)– y el rostro real que hoy la Iglesia presenta [...] Brota, por lo tanto, un anhelo generoso y casi impaciente de renovación, es decir, de enmienda de los defectos que denuncia y refleja la conciencia, a modo de examen interior, frente al espejo del modelo que Cristo nos dejó de sí» (*Evangelii gaudium* 26).

sia si la vivimos como una familia, una casa. La verdadera *oeconomia salutis*⁸ supone que los renacidos por el bautismo pertenecemos a la *oikós*, a la *para-oikia* que el Señor convoca siempre en torno a sí. No hay fe sin comunidad, no puede haber fe sin comunión ni filiación-fraternidad.

4. SEGUNDO CAPÍTULO DE *LUMEN FIDEI*: SI NO CREÉIS, NO COMPRENDERÉIS (CFR. IS 7,9)

La mano de Benedicto es notoria en este precioso *analysis fidei* que dota de enorme atractivo y hondura a la genuina fe del verdadero creyente. Más allá de las angosturas de algunos planteamientos escolasticistas, lleva la fe al terreno, al *humus* donde ésta puede respirar, germinar y dar fruto abundante. Vincular fe y verdad no es una osadía. La Iglesia no anhela poder y prestigio humano. Es una humilde servidora de la verdad que hace libres. Lo demás, sobra. «En esta perspectiva, es lógico que se pretenda deshacer la conexión de la religión con la verdad, porque este nexo estaría en la raíz del fanatismo, que intenta arrollar a quien no comparte las propias creencias. A este respecto, podemos hablar de un gran olvido en nuestro mundo contemporáneo. En efecto, la pregunta por la verdad es una cuestión de memoria, de memoria profunda, pues se dirige a algo que nos precede y, de este modo, puede conseguir unirnos más allá de nuestro “yo” pequeño y limitado. Es la pregunta sobre el origen de todo, a cuya luz se puede ver la meta y, con eso, también el sentido del camino común» (*Lumen fidei* 25). Se fundamenta aquí lo que el papa Francisco postulará como bien común⁹.

El engarce *doctrina-vita*, es expresado como binomio verdad-amor: «Si el amor no tiene que ver con la verdad, está sujeto al vaivén de los sentimientos y no supera la prueba del tiempo. El amor verdadero, en cambio, unifica todos los elementos de la persona y se convierte en una luz nueva hacia una vida grande y plena. Sin verdad, el amor no puede ofrecer un vínculo sólido, no consigue llevar al “yo” más allá de su aislamiento, ni librarlo de la fugacidad del instante para edificar la vida y dar fruto» (*Lumen fidei* 27). Lo mejor de la filosofía y teología católica se compendian aquí. San Juan Pablo II había citado literalmente a Edith Stein, Santa Teresa Benedicta de la Cruz, el día de su

⁸ Cfr. *Dei Verbum* 4.

⁹ Hasta en quince ocasiones aparece la expresión bien común en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*.

canonización, el 11 de octubre de 1997. Entonces invitó a los fieles a no aceptar ninguna verdad sin amor ni ningún amor sin verdad: el uno sin la otra son una mentira dañina.

Benedicto muestra su nobleza y humildad una vez más sintetizando la aportación de san Agustín y la de santo Tomás. Superando dialécticas de oposición, de las que él mismo había sido víctima en su juventud, ofrece una maravillosa visión de ambos: «La verdad que la fe nos desvela está centrada en el encuentro con Cristo, en la contemplación de su vida, en la percepción de su presencia. En este sentido, santo Tomás de Aquino habla de la *oculata fides* de los Apóstoles –la fe que ve– ante la visión corpórea del Resucitado. Vieron a Jesús resucitado con sus propios ojos y creyeron, es decir, pudieron penetrar en la profundidad de aquello que veían para confesar al Hijo de Dios, sentado a la derecha del Padre». El presunto oscurantismo de la fe va quedando ya lejos en este planteamiento, así como su carácter ilusorio.

Ahora sí que va haciéndose luz allá donde la cultura moderna había dictaminado que apenas nada válido cabe recibir de la tradición cristiana: «Igual que la palabra requiere una respuesta libre, así la luz tiene como respuesta una imagen que la refleja. San Agustín, asociando escucha y visión, puede hablar entonces de la “palabra que resplandece dentro del hombre”. De este modo, la luz se convierte, por así decirlo, en la luz de una palabra, porque es la luz de un Rostro personal, una luz que, alumbrándonos, nos llama y quiere reflejarse en nuestro rostro para resplandecer desde dentro de nosotros mismos. Por otra parte, el deseo de la visión global, y no sólo de los fragmentos de la historia, sigue presente y se cumplirá al final, cuando el hombre, como dice el santo de Hipona, verá y amará. Y esto, no porque sea capaz de tener toda la luz, que será siempre inabarcable, sino porque entrará por completo en la luz» (*Lumen fidei* 33). Las consecuencias para la teología quedarán recogidas en el último número de este capítulo. Resulta un estudio estimulante leer la *Evangelii gaudium* desde el número 36 de *Lumen fidei*.

5. UNA CONVERGENCIA LUMINOSA CON *EVANGELII GAUDIUM*

Juan XXIII establecía los planos e iniciaba el proyecto de reforma de la casa (*oikós*). Pablo VI puso los cimientos, Juan Pablo II alzó las paredes, Benedicto XVI comenzó las bóvedas, ensambló las puertas ajustando goznes y quicios, y Francisco remata ahora las claves y sale en busca de quienes aún no conocen dónde brota la vida y hay alimento para los peregrinos.

Si los tres enemigos de la fe son la ignorancia, el olvido y el descuido, Francisco aborda con decisión la misión de la Iglesia teniendo eso en cuenta: «Tampoco deberíamos entender la novedad de esta misión como un desarraigo, como un olvido de la historia viva que nos acoge y nos lanza hacia adelante. La memoria es una dimensión de nuestra fe que podríamos llamar “deuteronomía”, en analogía con la memoria de Israel. Jesús nos deja la Eucaristía como memoria cotidiana de la Iglesia, que nos introduce cada vez más en la Pascua (cfr. Lc 22,19). La alegría evangelizadora siempre brilla sobre el trasfondo de la memoria agradecida: es una gracia que necesitamos pedir» (*Evangelii gaudium* 13). Hoy necesitamos rehacer permanentemente un deuteronomio, una relectura actual, adecuada, vigorosa de lo ya realizado y recibido.

El papa Francisco traduce esa luz ilusoria que en lo teológico describe Benedicto, hacia lo pastoral: Tentaciones de los agentes pastorales (*Evangelii gaudium* 76-109). Los cristianos llegamos a oscurecer esa luz limpia del Evangelio con nuestros pecados y miserias personales y comunitarias. El magisterio de Francisco tiene un carácter parenético, gracias a la nitidez con la que sus predecesores prepararon y abonaron el terreno. No tendría sentido contraponer a quienes el Espíritu situó en escenarios y tiempos diversos. Resuena así *Gaudium et spes* 19, y lo que Karol Wojtyła postulaba como padre conciliar: «Los mismos creyentes tienen muchas veces alguna responsabilidad en esto. Pues el ateísmo, considerado en su integridad, no es un fenómeno originario, sino más bien un fenómeno surgido de diferentes causas, entre las que se encuentra también una reacción crítica contra las religiones y, ciertamente, en no pocos países contra la religión cristiana. Por ello, en esta génesis del ateísmo puede corresponder a los creyentes una parte no pequeña, en cuanto que, por descuido en la educación para la fe, por una exposición falsificada de la doctrina, o también por los defectos de su vida religiosa, moral y social, puede decirse que han velado el verdadero rostro de Dios y de la religión, más que revelarlo». Urge hoy abordar esta estimulante tarea.

Desvelar deformidades y deformaciones no es tarea sencilla. Requiere coraje y discernimiento. Y el papa Francisco ha recibido ambos del Espíritu Santo. Ello le acarrea problemas con las versiones que gentes ajenas a la Iglesia añoran: la rendición de ésta ante los dogmas de la modernidad. Pero dejemos hablar al Papa:

«Si pretendemos poner todo en clave misionera, esto también vale para el modo de comunicar el mensaje. En el mundo de hoy, con la ve-

locidad de las comunicaciones y la selección interesada de contenidos que realizan los medios, el mensaje que anunciamos corre más que nunca el riesgo de aparecer mutilado y reducido a algunos de sus aspectos secundarios. De ahí que algunas cuestiones que forman parte de la enseñanza moral de la Iglesia queden fuera del contexto que les da sentido. El problema mayor se produce cuando el mensaje que anunciamos aparece entonces identificado con esos aspectos secundarios que, sin dejar de ser importantes, por sí solos no manifiestan el corazón del mensaje de Jesucristo. Entonces conviene ser realistas y no dar por supuesto que nuestros interlocutores conocen el trasfondo completo de lo que decimos o que pueden conectar nuestro discurso con el núcleo esencial del Evangelio que le otorga sentido, hermosura y atractivo» (*Evangelii gaudium* 34).

Aquí no hay más que la aplicación de la jerarquía de las verdades que *Unitatis redintegratio* 11 postulaba para el diálogo ecuménico, y ahora aplicamos al diálogo evangelizador: «Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante» (*Evangelii gaudium* 35). Decididamente estamos en tiempos nuevos: cabe una *receptio*, vigorosa y pacífica, fiel y fecunda. Pero ella presupone la lectura sinóptica de los últimos pontificados. No es posible escuchar en un concierto coral la línea de las sopranos y de los tenores despreciando contraltos y bajos. Cada cuerda cumple su misión y la belleza de la música precisa de todos los armónicos. No cabe contraponer a los solistas, como si se tratara de una competición entre tres tenores solistas.

Se recupera así de modo pacífico lo que era normal que en 1962 sonara a novedad: «Al mismo tiempo, los enormes y veloces cambios culturales requieren que prestemos una constante atención para intentar expresar las verdades de siempre en un lenguaje que permita advertir su permanente novedad. Pues en el depósito de la doctrina cristiana “una cosa es la substancia [...] y otra la manera de formular su expresión”. A veces, escuchando un lenguaje completamente ortodoxo, lo que los fieles reciben, debido al lenguaje que ellos utilizan y comprenden, es algo que no responde al verdadero Evangelio de Jesu-

cristo. Con la santa intención de comunicarles la verdad sobre Dios y sobre el ser humano, en algunas ocasiones les damos un falso dios o un ideal humano que no es verdaderamente cristiano. De ese modo, somos fieles a una formulación, pero no entregamos la substancia. Ése es el riesgo más grave. Recordemos que “la expresión de la verdad puede ser multiforme, y la renovación de las formas de expresión se hace necesaria para transmitir al hombre de hoy el mensaje evangélico en su inmutable significado”» (*Evangelii gaudium* 41). san Juan XXIII y san Juan Pablo II suman sus voces aquí.

6. ALGUNAS CONCLUSIONES

Evangelii gaudium es magisterio pontificio, y no tiene el carácter del balbuceo incipiente de un recién llegado, sino presupone, se apoya y desarrolla con plena madurez cincuenta años de vida eclesial. Es una clave de bóveda del sacrificado trabajo de Pablo VI, san Juan Pablo II y Benedicto XVI. En él se da la asunción pastoral decidida de una doctrina y una teología que han madurado. Percibo la armonía creciente de los textos señeros de cada uno de ellos. Se precisa también una especie de *receptio canonica* del magisterio papal. Toda otra exégesis es falsa y nociva. Si en el quehacer teológico, vemos que para hablar de Dios el discurso ha de ir desde la *oikonomía* hacia la teología, en el quehacer misionero se precisa la claridad de la fe para lanzarse resueltamente al mundo. Ya no hay lugar para las polémicas entre identidad y misión. No estamos en 1965.

Los Papas han desarrollado *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*, y ahora la misión de la Iglesia puede llegar a ser una verdadera Nueva Evangelización esplendorosa. En este sentido, el Concilio está madurando y ofreciendo una insospechada fecundidad en cada pontificado. La labor de clarificación va dando paso al impulso y a la salida al mundo desde una identidad nítida.

Así lo dice el papa Francisco: «Aquí he optado por proponer algunas líneas que puedan alentar y orientar en toda la Iglesia una nueva etapa evangelizadora, llena de fervor y dinamismo. Dentro de ese marco, y en base a la doctrina de la Constitución dogmática *Lumen gentium*, decidí, entre otros temas, detenerme largamente en las siguientes cuestiones:

- a) La reforma de la Iglesia en salida misionera.
- b) Las tentaciones de los agentes pastorales.
- c) La Iglesia entendida como la totalidad del Pueblo de Dios que evangeliza.

- d) La homilía y su preparación.
- e) La inclusión social de los pobres.
- f) La paz y el diálogo social.
- g) Las motivaciones espirituales para la tarea misionera.

Me extendí en esos temas con un desarrollo que quizá podrá pareceros excesivo. Pero no lo hice con la intención de ofrecer un tratado, sino sólo para mostrar la importante incidencia práctica de esos asuntos en la tarea actual de la Iglesia. Todos ellos ayudan a perfilar un determinado estilo evangelizador que invito a asumir *en cualquier actividad que se realice*. Y así, de esta manera, podamos acoger, en medio de nuestro compromiso diario, la exhortación de la Palabra de Dios: “Alegraos siempre en el Señor. Os lo repito, ¡alegraos!” (Flp 4,4)» (*Evangelii gaudium* 17-18).

CONCLUSIÓN

Lumen fidei y *Evangelii gaudium* son, evidentemente, documentos distintos por varias razones. En los dos sin embargo late el impulso misionero de la fe. Una fe que se comprende a sí misma esencialmente en relación con la verdad y el amor que, en último término, se encuentran en Cristo; un mandato evangelizador que viene del mismo Señor Jesús, y que nace a la vez del dinamismo mismo del creer. Todo ello es asunto de cada cristiano, es misión de la Iglesia, y debe ser vida para el mundo.

La luz por descubrir es por tanto la que cada cristiano y comunidad irá viendo en la medida en que sea capaz de salir de las inercias y los bloqueos que le hacen vivir instalados en una existencia cómoda. El mandato misionero que en el magisterio papal postconciliar ha sido una constante, se convierte ahora en apremio y estímulo. Benedicto XVI es un maestro que nos ayuda a descubrir la belleza y bondad de la verdad, y Francisco ofrece discernimiento y concreciones proféticas para la Nueva Evangelización.